

**The
Economist**

The least bad deal for Ukraine

Mapping out a trade war

The problem with ultra-processed foods

The best books of 2024

NOVEMBER 30TH-DECEMBER 6TH 2024

“MY CONTEMPT FOR THE STATE IS INFINITE”

What Javier Milei can teach Donald Trump

OUR INTERVIEW



Javier Milei: “Mi desprecio por el Estado es infinito”

El presidente argentino es idolatrado por la derecha trumpista.
Deberían conocerlo mejor



En Estados Unidos hay quienes esperan que la nueva administración Trump dé un golpe de gracia a un gobierno inflado y autoritario, recortando el gasto y desmantelando la regulación. Si este objetivo es aún plausible es una pregunta crucial para Estados Unidos y el mundo, después de dos décadas en las que la deuda gubernamental a nivel global ha aumentado sin cesar, impulsada por la crisis financiera de 2007-2009 y la pandemia. Para encontrar una respuesta, y un estudio de caso sobre cómo domar a un Leviatán fuera de control, diríjase 8.000 kilómetros al sur de Washington, donde se está llevando a cabo un experimento extraordinario.

[Javier Milei](#) es presidente de Argentina desde hace un año. Hizo campaña con una motosierra, pero su programa económico es serio y una de las dosis más radicales de medicina de libre mercado desde el thatcherismo. Tiene sus riesgos, aunque sólo sea por la historia de inestabilidad de Argentina y la personalidad explosiva de Milei. Pero las lecciones también son impactantes.

La izquierda lo detesta y la derecha trumpiana lo apoya, pero en realidad no pertenece a ninguno de los dos grupos. Ha demostrado que la expansión continua del Estado no es inevitable y es una crítica de principios al populismo oportunista, del tipo que practica Donald Trump. Milei cree en el libre comercio y los mercados libres, no en el proteccionismo; en la disciplina fiscal, no en el endeudamiento imprudente; y, en lugar de contar fantasías populares, en la brutal verdad pública.

Argentina lleva décadas en problemas: un Estado que repartía favores, políticos que mentían y un banco central que imprimía dinero para tapan las grietas. Para controlar la inflación, sus gobiernos recurrieron a una avalancha de controles de precios, tipos de cambio múltiples y controles de capital. Hasta ahora es el único país en la historia económica moderna que ha pasado de la condición de país rico a la de país de ingresos medios.

El señor Milei fue elegido con el mandato de revertir esta caída. Su motosierra ha reducido el gasto público en casi un tercio en términos reales, ha reducido a la mitad el número de ministerios y ha creado un superávit presupuestario. Se ha desatado una hoguera de burocracia, liberando mercados desde el alquiler de viviendas hasta las aerolíneas. Los resultados son alentadores. La inflación ha caído del 13% mes a mes al 3%. La evaluación de los inversores sobre el riesgo de impago se ha reducido a la mitad. Una economía maltrecha está mostrando signos de recuperación.

Lo fascinante es la filosofía que se esconde detrás de las cifras. A menudo se mete a Milei en el mismo saco, equivocadamente, que a líderes populistas como Trump, la extrema derecha en Francia y Alemania o Viktor Orban en Hungría. En realidad, Milei proviene de una tradición diferente. Es un verdadero creyente en los mercados abiertos y la libertad individual, tiene un celo casi religioso por la libertad económica, un odio al socialismo y, como [nos dijo en una entrevista](#) esta semana, un desprecio “infinito” por el Estado. En lugar de una política industrial y aranceles, promueve el comercio con empresas privadas que no interfieren en los asuntos internos de Argentina, incluidos los chinos. Es un republicano de un pequeño estado que admira a Margaret Thatcher, un ejemplo mesiánico de una especie en peligro de extinción. Sus índices de popularidad están subiendo y, a esta altura de su mandato, es más popular en Argentina que sus predecesores recientes.

No nos engañemos, el experimento de Milei todavía podría salir muy mal. La austeridad ha provocado un aumento de la tasa de pobreza, que saltó al 53% en el primer semestre de 2024 desde el 40% un año antes. Milei podría tener dificultades para gobernar si aumenta la resistencia y la oposición peronista está mejor organizada. La confianza de los inversores se pondrá a prueba si finalmente elimina los controles de capital y cambia un peso sobrevaluado por un régimen de tipo de cambio flexible: una caída de la moneda podría poner a prueba los nervios y hacer que la inflación vuelva a subir. Milei es un excéntrico que podría distraerse con las guerras culturales sobre el género y el cambio climático, y así descuidar su misión principal de restaurar el crecimiento de la economía argentina.

Sin embargo, y a pesar de que Argentina es un país muy particular, el primer año de Milei ofrece lecciones para el resto del mundo, incluidos sus admiradores y detractores en Estados Unidos. Tomemos como ejemplo el crecimiento del Estado. La deuda pública mundial ha aumentado del 70% del PIB hace 20 años al 93% este año y llegará al 100% en 2030. La deuda es un flagelo no sólo en los países ricos sino también en China y la India, que tienen enormes déficits.

La crisis financiera y la pandemia aumentaron el endeudamiento y crearon la sensación de que el gobierno siempre intervendrá cuando la gente se encuentre en dificultades. Muchos países enfrentan costos crecientes de atención médica y pensiones a medida que la población envejece. Las regulaciones parecen acumularse. Los gobiernos no saben cómo [romper el ciclo](#) . En algunos lugares, como Francia, la perspectiva de hacerlo amenaza con el caos político.

Algunas de las lecciones de Milei son técnicas. Para reducir el gasto, ha pedido a los departamentos gubernamentales que reduzcan los gastos en adquisiciones, costos administrativos y salarios en lugar de las transferencias de efectivo a los más pobres. Reconoció que controlar el gasto en pensiones es esencial porque una población que envejece se come grandes porciones del presupuesto, una realidad fiscal que muchos países aún no han enfrentado. En el poder, ha aprendido a agregar una dosis de pragmatismo a sus convicciones. Ha marcado el rumbo de Argentina, pero delega las negociaciones legislativas en su personal y pide a ministros capacitados que supervisen la economía, en particular a Federico Sturzenegger, su zar de la desregulación.

Gran ego, gobierno pequeño

Tal vez la lección más importante sea la de coraje y coherencia. Nos guste o no, las políticas de Milei se alinean entre sí, lo que magnifica su efecto. A diferencia de [Trump](#) , no ha prometido liberar el poder de los mercados y los consumidores de una vez y proteger a las empresas de la competencia de una vez. Al ganar el debate a favor de una reforma dura pero vital, ha demostrado que se puede confiar en los votantes acostumbrados a banalidades edulcoradas para que digan verdades duras.

El señor Milei, con sus chaquetas de motociclista, su mantra “anarcocapitalista” y su temperamento explosivo, es un salvador improbable, y tal vez no salve a Argentina. Pero su intento de enfrentar, de manera coherente y sistemática, una de las encarnaciones más extremas de lo que ahora es un problema casi universal merece ser observado de cerca en todo el mundo. Incluida la Casa Blanca .

Cómo lograr el éxito de las negociaciones de paz con Vladimir Putin

La clave son unas garantías de seguridad sólidas para los ucranianos



Hace dos años que se libra la guerra en Ucrania, metro tras metro, ensangrentada. De repente, se avecina un cambio drástico. Una de las razones es que el avance de Rusia ha dejado al descubierto graves debilidades en materia de personal y moral que podrían acabar llevando a un colapso de las líneas ucranianas. Y lo que es más urgente, Donald Trump ha dejado claro que, como presidente, estará impaciente por que cesen los tiroteos.

La gran preocupación es que Trump imponga un acuerdo desastroso a Ucrania. Vladimir Putin dice que podría estar dispuesto a congelar las líneas del frente, aunque Rusia ocupa apenas el 70-80% de las cuatro provincias ucranianas que se ha anexo. Pero también exige que Occidente levante las sanciones; que Ucrania renuncie a su membresía en la OTAN; que se desmilitarice y sea formalmente neutral; que se “desnazifique” deshaciéndose de sus líderes; y que proteja los derechos de los rusoparlantes.

- [¿Cómo manejará Donald Trump la guerra en Ucrania?](#)
- [La guerra en Ucrania está poniendo a prueba la economía y la sociedad de Rusia](#)
- [Nuestra otra cobertura reciente de la guerra de Ucrania](#)

Si Trump respaldara esto, Putin habría logrado la mayoría de sus objetivos bélicos y Ucrania habría sufrido una derrota catastrófica. Es más, el presidente de Rusia no respetaría un trozo de papel. Esperaría que la Ucrania de posguerra, consumida por las luchas internas y las recriminaciones contra Occidente, cayera en sus manos. Si no fuera así, podría apoderarse de más territorio por la fuerza. Como autoproclamado guardián de los rusoparlantes de Ucrania, podría inventar fácilmente un pretexto.

Ése es el temor, pero no es inevitable ni siquiera el resultado más probable. Una capitulación ante Putin sería una derrota pública para Estados Unidos y Trump, que se extendería a Asia, donde los enemigos de Estados Unidos podrían volverse más agresivos y sus amigos podrían perder la confianza en su aliado y, en cambio, tratar de ganarse el favor de China. Y Trump seguramente querría evitar la humillación de ser conocido como el hombre que perdió Ucrania al ser superado en las negociaciones por Putin. Está en su propio interés forjar un acuerdo que mantenga a Ucrania a salvo al menos durante los cuatro años de su mandato, tiempo en el que Ucrania puede lograr mucho.

Trump tiene influencia sobre Rusia si quiere usarla. Como es impredecible, podría amenazar con ir a por todas con Ucrania enviándole más armas y más letales, y Putin tendría que tomarlo en serio. Además, [la economía rusa está sufriendo](#), el rublo se está desplomando y los rusos están cansados de luchar. Aunque Putin podría sostener la guerra durante otro año o más, también podría beneficiarse de una pausa. Como ha sugerido Mike Waltz, el nuevo asesor de seguridad nacional de Trump, Estados Unidos también puede amenazar con usar sanciones para empeorar ese sufrimiento.

¿Cuál debería ser entonces el objetivo de un acuerdo? Restablecer las fronteras de 1991 es una quimera. Moral y legalmente, todo ese territorio pertenece a Ucrania, pero el país no tiene soldados, armas ni municiones para recuperarlo. El objetivo debería ser, en cambio, crear las condiciones para que Ucrania prospere en el territorio que ahora controla.

Para ello se necesitará estabilidad y reconstrucción, dos cuestiones que dependen de la seguridad frente a la agresión rusa. Por eso, en el centro de las conversaciones estará la cuestión de cómo diseñar un marco creíble y duradero para la seguridad de Ucrania.

The Economist ha sostenido que la mejor manera de proteger a Ucrania sería que se uniera a la OTAN. La membresía ayudaría a evitar que se volviera inestable, amargada y vulnerable a la cooptación por parte de Putin en pos de su objetivo final, que es desestabilizar y dominar Europa. También incorporaría a la alianza al ejército y la industria de defensa más grandes, innovadores y curtidos en la batalla de Europa, algo que Trump podría acoger con agrado, porque entonces la OTAN necesitaría menos tropas estadounidenses.

La adhesión plantea interrogantes difíciles, debido a la promesa del “Artículo 5” de la alianza de que un ataque a un miembro es un ataque a todos. Pero existen respuestas. La garantía no tiene por qué cubrir las partes de Ucrania que Rusia ocupa ahora, así como no cubría a Alemania Oriental cuando Alemania Occidental se unió a la OTAN en 1955. Es posible que no sea necesario que las tropas de otros países de la OTAN estén estacionadas en Ucrania en tiempos de paz, como cuando Noruega se unió a la OTAN en 1949.

Seguimos defendiendo estos argumentos, pero para que Ucrania pueda ingresar en la OTAN se necesita el respaldo de todos sus 32 miembros, incluidos Hungría y Turquía, que retrasaron la adhesión de Suecia y Finlandia. Como [muestran nuestros informes](#), algunos países, incluidos los estados de primera línea, además de Gran Bretaña, Francia y, bajo la nueva canciller, Alemania, pueden estar abiertos a acuerdos bilaterales en los que basen sus tropas en Ucrania como una fuerza detonante. En efecto, estarían tratando de disuadir a Putin con la amenaza de que una mayor acción rusa podría llevarlos a la guerra.

Parece una solución elegante, pero una fuerza trampa equivaldría a una garantía del Artículo 5 con otro nombre. Los países no deberían ofrecer semejante promesa a Ucrania a menos que estén dispuestos a cumplirla, ya que retirarse bajo el fuego ruso también los debilitaría como miembros de la OTAN, tal vez fatalmente. Simplemente porque es nueva, es probable que Putin ponga a prueba la fuerza trampa para detectar sus puntos débiles. Para que sea creíble, necesitaría el respaldo formal de Trump, incluso si no proporcionara tropas, porque Europa todavía depende de Estados Unidos para librar guerras, especialmente contra un adversario tan grande como Rusia.

También sería necesario un cambio de enfoque en Europa, particularmente en Alemania. Para demostrarle a Putin que van en serio, los países europeos tendrían que demostrar su apoyo a Ucrania, lo que implicaría una ayuda masiva para reconstruir el país y las armas, así como avances en las negociaciones de adhesión a la UE. Para demostrarle a Putin que contraatacarían si él atacaba, tendrían que [aumentar drásticamente su propio gasto en defensa](#) y reformar sus industrias armamentísticas. Trump, que desde hace tiempo ha instado a que se aumenten los presupuestos europeos de defensa, debería acoger con agrado ese resultado.

Un alto el fuego plantearía dos visiones opuestas del futuro de Ucrania. El cálculo de Putin es que ganará con un acuerdo porque Ucrania se pudrirá, Rusia se rearmará y Occidente perderá interés. Pero imaginemos que, con el apoyo occidental, Ucrania utilizara la tregua para reconstruir su economía, refrescar su política y disuadir a Rusia de la agresión. La tarea es asegurar que esta visión prevalezca sobre su sombría alternativa.

La paz en el Líbano es sólo un comienzo

Donald Trump debe aprovechar el éxito tardío de Joe Biden



Fotografía: Getty Images

Por último, un rayo de esperanza. El [alto el fuego](#) entre Israel y Hezbolá, que entró en vigor el 27 de noviembre, supone un respiro para millones de [líbaneses e israelíes](#) . Pone fin a una guerra de casi 14 meses que [Hezbolá](#) , una milicia chií, sin duda lamenta haber iniciado. También da a Israel gran parte de lo que buscaba, incluido el derecho a atacar si Hezbolá se vuelve a armar. Estados Unidos, por su parte, tiene la responsabilidad de vigilar su cumplimiento.

Pero este acuerdo es sólo un comienzo. Ofrece únicamente una promesa de que Hezbolá será desarmado, promesas que a menudo se han incumplido. La razón para esperar que esta vez sea diferente es que Hezbolá ha quedado muy debilitado y tendrá dificultades para recuperar su antigua fuerza.

Fue un éxito poco común para los diplomáticos estadounidenses, que a menudo se han mostrado débiles desde el 7 de octubre de 2023. Durante meses, Hizbulá insistió en que el destino del Líbano estaba entrelazado con el de Gaza: la única manera de que Israel pusiera fin a una guerra era poner fin a las dos. Por su parte, Binyamin Netanyahu, el primer ministro de Israel, prometió seguir luchando en el Líbano hasta que los residentes del norte de Israel se sintieran seguros para regresar a casa.

Al final, ambas partes abandonaron esas posiciones. Hizbulá disoció su guerra de la de Gaza, con la bendición (y tal vez el aliento) de sus patrocinadores iraníes. Netanyahu aceptó un alto el fuego a pesar de las objeciones de algunos israelíes. Ambas partes tenían buenas razones para aceptar un acuerdo, porque ambas están agotadas. Hizbulá y el Líbano han sido golpeados, mientras que el ejército de Israel ha estado jadeando bajo el peso de dos guerras.

Donald Trump también fue un estímulo. Irán puede estar dispuesto a negociar con él, lo que habría sido imposible mientras Hezbolá disparaba contra Israel. Irán ahora tiene un incentivo para contener a su milicia, al menos por un tiempo. En cuanto a Netanyahu, también está ansioso por seguir en la buena disposición del presidente electo. Poner fin a la guerra en el Líbano es un gesto bienvenido hacia Trump, que hizo campaña con la idea de hacer precisamente eso.

Sin embargo, cuando asuma el poder en enero, la administración Trump debería exigir más. Puede parecer que las dos guerras de la región han estado separadas y que, con el Líbano en calma, Gaza es ahora sólo un conflicto aislado. Eso es una ilusión. Cualquier camino hacia un gran acuerdo como el que los asesores de Trump están ansiosos por lograr debe comenzar en las ruinas de Gaza.

Los legisladores israelíes de extrema derecha ven el segundo mandato de Trump como una oportunidad de oro para reconstruir los asentamientos judíos en la estrecha Franja de Gaza que fueron desmantelados en 2005. También están interesados en anexionar partes de Cisjordania, lo que impediría un futuro Estado palestino. Permitirlo sería un desastre, no sólo para los palestinos sino también para la agenda regional de Trump. Hay pocas perspectivas de que se cumpla su anhelado objetivo de normalización entre Israel y Arabia Saudita si los asentamientos israelíes surgen sobre los escombros de las casas de Gaza o si, contrariamente a las demandas saudíes, un Estado palestino se vuelve imposible.

Trump tendrá que moderar los impulsos de la coalición de Israel (y de su propio Partido Republicano). Al mismo tiempo, puede ayudar a fortalecer el cese del fuego en el Líbano. Debería ofrecerse a negociar con Irán, pero dejar en claro que el envío de armas a Hizbulá pondría fin de inmediato a esas conversaciones.

Joe Biden ha fracasado estrepitosamente a la hora de utilizar la influencia estadounidense en Oriente Medio. Prometió que no habría ninguna diferencia entre Estados Unidos e Israel, aunque Netanyahu lo desafió una y otra vez. Mantuvo a Irán bajo sanciones que no hizo cumplir. Ningún bando lo tomó en serio, ya que no parecía haber consecuencias por resistirse a Estados Unidos. Trump tendrá que ser más duro y recordar utilizar su influencia sobre los aliados regionales de Estados Unidos, no sólo sobre sus enemigos .

Las amenazas arancelarias harán daño, incluso si Donald Trump no las impone

El riesgo de una guerra comercial es incómodamente alto



Fotografía: Getty Images

No pasó mucho tiempo. Incluso antes de asumir el cargo, [Donald Trump](#) disparó los primeros tiros de una nueva guerra comercial. El 25 de noviembre, el presidente electo de Estados Unidos publicó en las redes sociales que añadiría un arancel adicional del 10% a los productos chinos. Pero la sorpresa fue la noticia de los aranceles del 25% a Canadá y [México](#) tan pronto como regresó a la Casa Blanca. Estos, proclamó, se mantendrían en vigor hasta que los dos países tomaran medidas drásticas contra las drogas y los inmigrantes que cruzaban ilegalmente la frontera.

Si se imponen, los aranceles afectarán sobre todo a los consumidores estadounidenses. La cadena de suministro de América del Norte está integrada; el año pasado, bienes por valor de casi un billón de dólares cruzaron las fronteras norte y sur de Estados Unidos. La mitad de las frutas y verduras de Estados Unidos provienen de sus dos vecinos. Y más de la mitad de las camionetas que venden GM y Stellantis en Estados Unidos se fabrican en Canadá o México, por lo que los precios de las acciones de las empresas cayeron un 9% y un 5%, respectivamente, el día después del anuncio de Trump. (El mayor accionista de Stellantis es copropietario de la empresa matriz de *The Economist*). Goldman Sachs cree que los aranceles podrían aumentar los precios básicos al consumidor, que excluyen los alimentos y la energía, hasta en un 0,9%.

Nadie sabe en qué medida Trump considera los aranceles como herramientas de negociación y en qué medida quiere alejarse del comercio. Por eso, puede resultar tentador respirar aliviado al pensar que estos

aranceles son una forma teatral de ganar influencia. Ya tuvo una “conversación maravillosa” con Claudia Sheinbaum, la presidenta de México. En 2019 amenazó con imponer aranceles del 25% a todos los productos mexicanos, pero no hizo nada cuando México y Estados Unidos llegaron a un acuerdo fronterizo. A lo largo de su primer mandato, el gabinete moderó sus instintos proteccionistas. Lo mismo hizo el mercado de valores, que Trump consideraba un barómetro de la aprobación pública.

Esta vez, también Trump podría frenar su entusiasmo mercantilista. Parece haber tomado un cuidado inusual al seleccionar a su equipo de política económica para evitar sabotear un rally postelectoral. [Scott Bessent](#), un administrador de fondos de cobertura que es la elección de Trump para secretario del Tesoro, y [Howard Lutnick](#), otro financiero que ha sido elegido como secretario de Comercio, han dicho que los aranceles son para negociar, a diferencia de algunos miembros del círculo íntimo de Trump que se oponen ideológicamente al comercio.

Otro freno para la administración podría ser el temor a una inflación inducida por los aranceles. La experiencia de los estadounidenses de los mayores aumentos de precios en 40 años contribuyó al fracaso de la candidatura electoral de Kamala Harris. Trump tal vez no quiera que se le vea como el arquitecto detrás del aumento de precios de todo, desde los aguacates para el desayuno hasta el último modelo de automóvil.

El problema, sin embargo, es que no se puede contar con nada de esto. Trump todavía podría intentar rediseñar el sistema comercial global aplicando aranceles más altos y de mayor alcance. A Bessent y Lutnick se les ha unido Jamieson Greer, su nuevo representante comercial, que adopta una línea más dura. Aunque estuvo limitado en su primer mandato, Trump logró aumentar algunos aranceles a China y Europa.

Además, si Trump recurre sistemáticamente a la amenaza de los aranceles cada vez que quiere que los países cumplan sus órdenes, estos podrían salirse de control. México ha advertido de que habrá represalias, y cuanto más se repitan las amenazas arancelarias, mayor será el peligro de un error de cálculo. Si las amenazas nunca se cumplen, perderán su poder. En última instancia, es probable que eso obligue a Trump a demostrar que habla en serio.

Es una hermosa palabra

Durante décadas, los beneficios del comercio global fueron tan ampliamente aceptados que los aranceles retaliativos se limitaban a las disputas comerciales. Hoy, lamentablemente, el libre comercio tiene pocos defensores y los aranceles se utilizan a voluntad. Incluso si Trump los pretende sólo como una táctica de negociación, el temor de que los beneficios del comercio puedan desperdiciarse fácilmente se cierne sobre la economía mundial.

Lecciones del fracaso de Northvolt

Los gobiernos gastaron miles de millones en un campeón de baterías.
Es hora de dar la bienvenida a los inversores extranjeros



Se suponía que Northvolt iba a ser pionera en el campo de las baterías, un símbolo de la competitividad europea y un ejemplo de política industrial bien hecha. Sin embargo, el 21 de noviembre, Northvolt, la startup mejor financiada de Europa, [se declaró en quiebra](#). Un día después, su director y fundador, Peter Carlsson, anunció su dimisión. ¿Qué salió mal?

[Northvolt](#) no fracasó por falta de inversión. La empresa recaudó 15.000 millones de dólares en total, incluidos casi 5.000 millones en subvenciones y préstamos de los gobiernos de Canadá, la Unión Europea, Alemania, Polonia y Suecia. Los gigantes de Wall Street como Goldman Sachs y BlackRock la respaldaron. Grandes fabricantes de automóviles como BMW, Scania y Volkswagen encargaron sus productos por valor de más de 50.000 millones de dólares. VW fue su mayor inversor.

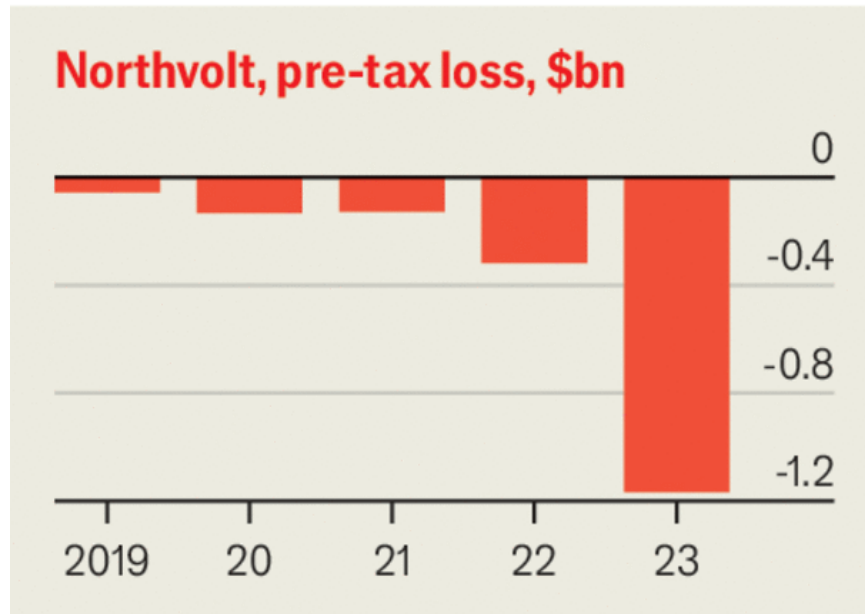


Gráfico: The Economist

Pero no logró llegar a ninguna parte. Debido a la incompetencia y la mala suerte, su principal fábrica de baterías en una zona remota de Suecia funcionó a una pequeña fracción de su capacidad, lo que le produjo enormes pérdidas. Sus directivos estaban tan ansiosos por expandirse que descuidaron los aspectos básicos. Ahora Northvolt puede ser desmembrada y sus rivales, incluidos los chinos, pueden atacarla.

Su fracaso ofrece lecciones. En primer lugar, los inversores no deberían dar por sentado que, cuando los gobiernos respaldan a un campeón industrial, seguirán invirtiendo dinero en él eternamente. Los bancos que prestaron a Northvolt, los fondos de pensiones que compraron sus acciones y los fabricantes de automóviles que hicieron grandes pedidos de sus baterías lo hicieron todos asumiendo que era tan seguro como un cable bien aislado. Incluso después de que sus problemas se hicieran evidentes, JPMorgan Chase y otros 24 prestamistas anunciaron un préstamo de 5.000 millones de dólares a principios de este año, el mayor préstamo verde jamás otorgado en Europa. Su fe en el gobierno puede haberles costado una fortuna.

En segundo lugar, cuando los políticos tratan de respaldar a los campeones nacionales en áreas en las que la tecnología evoluciona rápidamente, es probable que desperdicien varios camiones eléctricos cargados de dinero de los contribuyentes. Esto es especialmente cierto si el campeón en cuestión está muy por detrás de los líderes del mercado. Los gobiernos a menudo basan sus políticas industriales en el argumento de la “industria incipiente”, que dice que las empresas nacionales en las nuevas industrias necesitan protección hasta que sean viables. El problema es que, si están demasiado atrasadas, es posible que nunca alcancen a sus rivales extranjeros, y el apoyo puede simplemente permitirles volverse flácidas.

Northvolt gastó generosamente en innovaciones de laboratorio y tecnologías de última generación, pero nunca supo cómo comercializarlas y nunca estuvo cerca de igualar a los mejores fabricantes de baterías del mundo. Su fracaso recuerda al de Intel, un fabricante de chips estadounidense que debe recibir 7.900 millones de dólares de financiación pública, pero que aún así puede no alcanzar a Nvidia y TSMC, los líderes de la industria. En el tercer trimestre registró pérdidas de 17.000 millones de dólares.

Hay una mejor manera de fomentar las industrias de alta tecnología, que no necesariamente cuestan nada a los contribuyentes: allanar el camino a la inversión extranjera directa, un medio probado para difundir el conocimiento de un país a otro. Estados Unidos y el resto de Occidente se han quedado atrás de China y otros países asiáticos en algunas áreas cruciales, incluida la fabricación de chips a gran escala y tecnologías limpias como la energía solar y los vehículos eléctricos. La manera de ponerse al día es permitir que las empresas líderes en esas áreas abran fábricas en Occidente. TSMC, una empresa taiwanesa, está construyendo lo que probablemente será la fábrica de chips más avanzada de Estados Unidos en Arizona, mientras que Intel lucha por sobrevivir. CATL, una empresa china y el mayor fabricante de baterías para vehículos eléctricos del mundo, está invirtiendo en Alemania y Hungría; LG Energy Solution, una empresa surcoreana, es ahora el mayor fabricante de baterías de iones de litio en Europa. Asia aprendió de Occidente al dar la bienvenida a sus mejores empresas. Ahora Occidente necesita aprender de Asia.